

Polvo de agua Gary Victor *

El poblado se hallaba enclavado entre dos colinas que no tenían nada mejor para ofrecer al sol que sus cárcavas, venas abiertas en la roca; y sus laderas, tan despojadas, que afloraban las excrescencias agresivas del material calcáreo. A veces, cuando soplabla el viento de los lagos, arrastraba hacia el valle una especie de neblina blanca como bruma lechosa, la que venía a depositarse sobre las hojas de los escasos vegetales, se incrustaba al interior de las chozas mejor protegidas, y se adhería a la piel de tal manera, que no se la podía sacar a menos que se dispusiera de bastante agua para derrotar, con paciencia, al pegajoso polvo. Pero ya no había más agua, al menos no la suficiente como para que se la pudiera despilfarrar en una limpieza corporal, lo cual, para las condiciones de vida en el poblado, no podía sino ser un acto fútil. Lo más importante era sobrevivir hasta que Dios o los *loas* se dignaran hacer caer la lluvia; o hasta que, también, quizás, una inesperada remesa permitiera efectuar el viaje salvador hacia los *batey* del país vecino o simplemente hacia la capital.

La gente permanecía en el poblado sobre todo por pereza. A veces la miseria, la sensación de ser los condenados de la tierra, anula todos los impulsos. La esperanza puede ser también una quimera que ritma el inmovilismo, la adaptación pasiva del destino. No había más que ver a los niños desnudos, de vientre inflado, vestidos con la bruma lechosa que venía de las colinas, para decirse que el infierno estaba acá y que, de todos modos, el único lugar donde las criaturas del infierno son aceptadas, es el infierno. A veces, una vieja mostraba un pequeño punto negro que giraba muy alto en el cielo y decía: “Los que acaban mal esperan que reventemos para venir a repatriarse en nuestra carne. Pero ellos morirán también, después de habernos engullido. El polvo ha envenenado nuestra carne”.

El único punto de agua estaba a diez kilómetros, en alguna parte bajo las montañas peladas. Una vertiente que no daba más que un delgado hilo de agua sobre una arena contra la cual había que batallar para recoger un poco del precioso líquido. El agua lucía turbia, blancuzca. Los escasos habitantes del poblado que recibían un *tcho tcho* a través de la oficina de remesas del pueblo vecino, distante a treinta kilómetros, podían permitirse comprar agua en botellas de plástico. Los demás debían contentarse con el agua de la vertiente. Felizmente el sol la purificaba. Era arenosa, blanquecina, quemante, pero no contenía ninguna suciedad: microbios, bacterias o gusanos. De cualquier manera era un don del cielo. Pero todos los habitantes del poblado sabían que el fin se hallaba próximo. Ellos presentían, sin querérselo confesar, que se equivocaban invocando a Dios o a los *loa*. La lluvia no caería. Y después, si caía, las trombas de agua que bajarían raudas de esas cárcavas amenazantes y que se verían desde el poblado, socavando las montañas, eran capaces de borrar de la tierra todo recuerdo de Pont-Dando.

Decaret, el profesor, finalmente se había resignado a morir aquí como su padre antes de él y todos los ancestros suyos que habían entregado su sudor para que Pont-Dando viviera. A la una de la tarde, cuando daba descanso a la veintena de niños a quienes trataba de entregar rudimentos de instrucción, se iba a sentar bajo la terraza de su choza y tomaba el libro que leía y releía desde hacía años, libro que le permitía pasar a un universo donde se complacía en reconocerse en el lugar del héroe. Él amaba *Gobernadores del rocío* como jamás nadie había amado una obra. Estaba fascinado por el personaje de Manuel y se sentía desolado que ninguna mujer joven del poblado tuviera el aspecto de Anaís. Él mismo había economizado durante tres años para ir a Cuba, antes de escuchar decir que el viaje a Cuba era peligroso. El único pariente que tenía en Estados Unidos le había recomendado expresamente renunciar a ese proyecto si no quería destruir la única oportunidad que tenía, algún día, de escapar de Pont-Dando. Su primo Janbil, que sin lugar a duda corrompióse en la capital, lo trataba de loco.

A veces Decaret jugaba a ser Manuel. Con una picota en la mano, se iba a vagar en el horno de la montaña o en el polvo de la sabana, esperando contra toda lógica encontrar la fuente que volvería a dar vida a su aldea agonizante. Pero el agua no permanecía más que en sus sueños de loco, en la novela de Roumain. Se declaraba desesperado por el hecho que nunca sería el héroe de Pont-Dando a la manera de Manuel, que había dado su vida para hacer revivir a la tierra.

Un día, tres jeeps repletos de hombres llegaron a Pont-Dando. Decaret, que en ese momento leía por enésima vez *Gobernadores del rocío*, no se movió de su choza. Se trataba sin duda de un político en gira por la región que venía a prometer el oro y el moro por unos cuantos votos y que olvidaría a Pont-Dando una vez traspasado el vado del río, desecado por largo tiempo. Pero, fue sorprendido al escuchar de pronto una voz que lo llamaba.

—¡Decaret! Sal de tu cabaña, primo. Tengo que hablarte.

Esa voz, él la habría podido identificar entre miles. Era la de Janbil, su primo, que había partido hacía años de Point-Dando y que no volvía sino ocasionalmente al poblado. Solamente se sabía que tenía actividades un tanto sospechosas en Puerto Príncipe. Decaret dejó su libro a un lado y su apuró a salir. Janbil estaba acompañado de un mulato grande vestido con una guayabera blanca y cubierto de un gran sombrero del mismo color. El mulato fumaba un cigarro. Era visiblemente un extranjero.

—Decaret, te presento a Alonso —dijo orgullosamente Danbil—. Es mi patrón.

El hombre le tendió la mano sin decir una palabra.

–He venido a salvar a Pont-Dando –explicó Janbil.

–¿Salvar a Pont-Dando? –se extrañó Decaret.

–¡Vamos a cavar un pozo! –explicó Janbil–. El agua está profunda, pero allí está. Tenemos el dinero para eso.

–¿Ahora? –se extrañó Decaret.

–Ahora –insistió Janbil–. Algunos hombres de Alonso van a permanecer aquí conmigo. Pont-Dando está bien ubicado, Decaret. Es una suerte.

Decaret no entendía demasiado bien lo que quería decir su primo.

–La única cosa que se pide a los habitantes de Pont-Dando es que nos ayuden a construir una pista.

–¡Una pista! ¿Para qué? –preguntó Decaret.

–No seas idiota, Decaret –dijo Janbil–. Una pista para aviones pequeños.

Sin esperar una palabra de su primo, Janbil le dio un abrazo.

–Pont-Dando va a revivir, primo. Era tu sueño, ¿no es así? Contamos también contigo para motivar a todos los habitantes del poblado. Nos hacen falta brazos.

Janbil giró los talones y partió a reunirse con el extranjero, con quien se puso a conversar en español. Decaret permaneció petrificado, comprendiendo lo que sucedía. Había escuchado hablar a menudo de esos pequeños aviones que aterrizaban en el país con su carga, la que enriquecía a los policías, los políticos, etc. Corrió tras Janbil, a quien atrapó algunos metros más allá. Lo tomó por el brazo y lo movió un poco a un lado del extranjero, el cual continuaba, con un aire un tanto aburrido, fumando su cigarro.

–No puedes hacer eso, Janbil. Es nuestro pueblo–. Janbil rechazó a su primo.

–¿Eres loco o qué? No es leyendo tu maldito libro que salvarás a Pont-Dando. No queda nada, Decaret. Incluso los más tontos se han dado cuenta que los comunistas mentían al pueblo para beber champagne y fornicar con las mulatas, para ser recibidos en los bellos salones y construirse hermosas villas. Deja de soñar, primo.

–No sueño –protestó Decaret–. He escrito a todos lados. A los ministerios. A las ONG. A las misiones religiosas. Vendrán pronto a ayudarnos. Pero no esto. No la pista de aterrizaje.

–Reflexiona y cálmate, Decaret– le lanzó Janbil–. Soy tu primo pero no podré hacer nada por ti si juegas al imbécil.

Tenía un tono amenazante. Pasó la mano sobre el lugar del brazo donde Decaret lo había cogido, como si el contacto lo hubiera ensuciado. Se fue para reunirse con el extranjero y después los dos entablaron una animada discusión.

Esa misma tarde, Decaret se cubrió con el gran sombrero blanco que había pertenecido a su padre, tomó su picota y cruzó Pont-Dando con pasos de autómatas. A los que le preguntaban dónde iba, respondía: “A buscar agua”. Las gentes, con los rostros crispados ya que todos habían adherido a la propuesta de Janbil y de los nuevos visitantes, se le rieron en la cara. Decaret caminó largo rato antes de alcanzar las montañas. Avanzó largo tiempo por los barrancos, deteniéndose ante algunos escasos cactus para arañar la tierra con el hierro de su picota. Cuando la noche lo sorprendió, prefirió no continuar, ya que tenía miedo de los *bizango*. Al alba volvió a surcar la montaña, osando incluso penetrar en las cavernas prohibidas diciéndose que el agua, para huir del sol y el polvo, tal vez se había refugiado en el seno de la tierra. Su picota no recogía más que el excremento de los murciélagos y amenazaba con quebrarse sobre el granito. No se descorazonó. Entró más profundamente en las cavernas. En lugar de perderse, sólo desembocó sobre otra ladera de la montaña, también totalmente pelada.

Desesperado, se preguntó si verdaderamente algún día estas montañas habían sido también verdes como se pretendía. No llegaba a creer que los hombres habían podido lograr pintar en tan pocas generaciones ese paisaje de pesadilla. “¡Un hombre sano de espíritu no cava él mismo su tumba!”, pensó. Se dijo que quizás era él quien se había vuelto loco. ¿Y si Janbil tenía razón? ¿Y si Roumain, Manuel, él mismo, todos, no hacían más que soñar con un mundo que pertenecía al universo de la utopía? Movidó por una furia enloquecida, Decaret decidió volver al poblado. ¡No! No iba a abandonar. El sueño de Roumain, el sacrificio de Manuel, no deberían ser en vano. Debían existir todavía hombres deseosos de darse la mano, de batirse para encontrar el agua, sin venderse al lucro de este polvo que sembraba la locura y la muerte en el país. Decaret creyó ver a un hombre sentado sobre una roca, que lo miraba. Era grande y bello, pero con una expresión de infinita tristeza en el rostro. El hombre le hizo una seña para que se acercara. No era un *bizango*. Decaret había escuchado sonar a medianoche las campanas lejanas. Obedeció.

–Dame tus manos juntas –le ordenó el hombre.

Decaret puso su picota en el suelo e hizo lo que se le pedía. El hombre hundió su mano en la roca y sacó agua, la que puso en las manos juntas de Decaret. El agua era pura y fresca. Decaret llevó el agua a sus labios y de pronto el hombre sobre la roca desapareció. Pero

Decaret tenía aún el agua en sus manos. Se aproximó a las rocas. No había nada. Ninguna vertiente. Ningún hueco que hubiera podido recoger el agua de alguna lluvia pasada o del rocío. Sólo el agua que guardaba en sus manos le probaba que no había soñado. Pensó entonces en su picota y se volvió. Sus ojos vieron entonces dos trazos luminosos y paralelos brillar en el valle, ciertamente a la salida de Pont-Dando, muy cerca del vado del río desecado. Decaret escuchó un zumbido por encima de su cabeza. Vio un pequeño avión blanco a hélice deslizarse lentamente hacia el valle. Se dejó caer de rodillas, hundiendo su rostro en el agua que aún tenía entre sus manos juntas.

–Los impostores han destruido las utopías –le sopló la voz de Manuel–. Pero quedan aún las almas. De todas maneras lo esencial está allí.

Una mano se posó sobre su espalda. Supo entonces que él estaba lejos, lejos del polvo, lejos de las montañas asesinadas, lejos de los hombres que ya no eran hombres.

(Traducción de Bartolomé Leal)

* **Gary Victor** (1958) es un prolífico y popular autor haitiano, seguramente el mejor cultor del género negro en su país. Autor de una docena de novelas y varios volúmenes de cuentos, que dan una visión descarnada aunque no exenta de humor, de los distintos aspectos de la compleja realidad de esta isla castigada por la miseria, los huracanes, la corrupción y la degradación de sus tierras. Una de sus más recientes novelas, *Le revenant* (2007), está protagonizada por un supuesto zombi que se levanta de su tumba para vengarse de los traficantes de droga que lo enterraron vivo. *Nuit Albinos* (2008) es otra aventura delirante que juega con un mito popular haitiano. El relato que hemos traducido forma parte de un libro colectivo dedicado a homenajear, en el centenario de su nacimiento, a Jacques Roumain, el más destacado autor de la novela social en Haití.